



VI PREGÓN DE SEMANA SANTA
DE LA COFRADÍA HERMANDAD
DEL SANTÍSMIMO CRISTO DE
LA HUMILDAD Y MARÍA
SANTÍSIMA DE LA ESPERANZA
EN SU SOLEDAD DE TOLEDO

PREGÓN DE LA COFRADÍA DEL SANTÍSIMO CRISTO DE LA HUMILDAD

“HUMILDAD, LA LOCURA DEL AMOR”

Estimado Hermano Mayor Sr. D. Luís Bolado Villarrubia y Junta de Gobierno de la Cofradía Hermandad del Santísimo Cristo de la Humildad y María Santísima de la Esperanza en su Soledad.

Estimada comunidad franciscana

Hermanos y hermanas de la cofradía del Santísimo Cristo de la Humildad

Muy querido amigo Andrés Sánchez Escobar, compañero en la Cofradía Internacional de Investigadores, con quien he compartido tantos momentos de divulgación cultural en la Televisión Diocesana de Toledo, y cuyas amables palabras han servido de presentación a este pregón.

Querida familia y amigos. Señoras y señores.

Cumpliendo con el dicho castellano, “es de bien nacidos el ser agradecidos”, quiero mostrar mi más profunda gratitud por la invitación que esta

Humildad ha querido hacerme para pronunciar el pregón de este año 2026, un año tan importante para la vida de la ciudad de Toledo, con la celebración del octavo centenario del comienzo de la construcción de la catedral gótica, en el que recordaremos aquel acontecimiento que marcó nuestra historia, el de la colocación de la primera piedra del nuevo templo, gracias al impulso de dos figuras tan extraordinarias como el santo rey Fernando III de Castilla y el arzobispo Rodrigo Jiménez de Rada; un año tan importante asimismo para la comunidad franciscana que custodia este Real Monasterio de San Juan de los Reyes, al celebrar el octavo centenario de la muerte de san Francisco de Asís. Dos acontecimientos que, invitándonos a volver la mirada en remembranza agradecida al pasado, nos impulsan, a la vez, a recoger ese precioso legado y hacer que siga siendo fecundo en nuestro presente para que siga dando fruto en el futuro.

Es para mí un honor participar en este acto, que es muestra de la vitalidad de una Cofradía que, si bien es reciente en su configuración actual, hunde sus raíces en la más profunda historia toledana, en aquellos momentos de finales del siglo XVI y comienzos del XVII, en los que la Iglesia en tierras de España, comprometida con la Reforma religiosa alentada por el Concilio de Trento, pero que arrancaba en el reino de Castilla en tiempo de los primeros Trastámara, recibiendo un impulso definitivo con Isabel la Católica y el cardenal Cisneros, produjo un extraordinario y riquísimo fenómeno



D. Miguel Ángel Dionisio, pregonero

cofrade. Esta cofradía ya hacía estación de penitencia en el interior de la Catedral Primada el año 1606, por lo que nos encontramos con una de las más antiguas de nuestra ciudad.

Asimismo, es un motivo de alegría el pronunciar estas palabras en esta maravillosa iglesia, prodigio del arte gótico, en la que celebré mi primera misa, cerca del lugar donde nací, la antigua maternidad toledana, en el corazón de la vieja judería. Nacer en Toledo es no sólo motivo de orgullo, sino un profundo privilegio, del que quizá no somos del todo conscientes, pues no se puede denominar sino como privilegiado a quien ha nacido en este entorno lleno de arte, belleza e historia.

Pero pasemos ya al motivo que nos ha reunido aquí en esta tarde, pronunciar este pregón con el que, cada año, se nos invita a volver la mirada del corazón hacia esta impresionante imagen del Santísimo Cristo de la Humildad.

PREGÓN

“¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta cubierto de rocío
pasas las noches del invierno oscuras?”

La inquietante pregunta de Lope de Vega, lacerado por su experiencia profunda de gran pecador a la par que por su amor tierno y vivo por Jesucristo es la que, en esta tarde de Cuaresma, bajo las espléndidas bóvedas góticas de este Real Monasterio de San Juan de los Reyes, hacemos quienes contemplamos, movidos por el fervor religioso y la devoción, el hermoso rostro del Santísimo Cristo de la Humildad. Porque si no nos interrogamos en lo más hondo de nuestro corazón y no le preguntamos, con la plegaria que brota de nuestros labios, la causa de tanto amor por cada uno de nosotros, no podremos entender el tremendo misterio que celebraremos en la Semana Santa, el de Dios hecho sufrimiento, dolor y muerte. Qué tenemos nosotros, qué interés tiene Jesús por nuestras vidas, es la clave para comprender por qué el Hijo de Dios hecho hombre tuvo que sufrir pasión y muerte, paso previo para su triunfo pascual y su victoria sobre el pecado y la muerte.

La respuesta, que no es otra que la del Amor inmenso de Dios por todos y cada uno de nosotros, por todos los hombres y mujeres que han recorrido, recorren y recorrerán los caminos de la Historia, la vamos a ir desgranando desde la contemplación sosegada, agradecida, serena, devota y consoladora de esta espléndida imagen del Cristo de la Humildad, expresión perfecta de cómo el arte humano es camino privilegiado que nos conduce, desde la experiencia estética de la belleza hasta el Pulchrum, lo Bello, uno de los trascendentales del Ser, que se identifica con el propio Dios.

Esta talla, verdadera obra maestra del imaginero sevillano Darío Fernández, que desde 2007 podemos venerar, nos ayudará en nuestra búsqueda. El propio momento que representa, Jesús sentado en una roca, cansado, agotado, exhausto, tras recorrer el camino hacia el Calvario, es una invitación a hacerlo. Cristo se nos muestra meditando ante lo que sabe que le espera en unos instantes, la bebida total del cáliz de dolor y

sufrimiento para lograr el perdón del hombre pecador, para regar con su sangre y fecundar la tierra estéril por la desobediencia de Adán.

Contemplando esta imagen, siempre he recordado el valor catequético del arte cristiano, un arte que surgió para expresar la fe, para suscitar la devoción, para comunicar las verdades más profundas de la revelación cristiana al Pueblo de Dios, convirtiéndose, a través de ese espléndido patrimonio que es la escultura procesional, en auténticas catequesis visuales, en la que todos los sentidos son invitados a participar. Una expresión que, sobre todo en España, desde la Reforma Católica postridentina, se hizo, a través del patetismo desgarrador del arte barroco, parte consustancial de la experiencia de fe de nuestros pueblos y ciudades. Un patrimonio que se ramificó en una proliferación fecunda de escuelas regionales, que en Castilla alcanza su perfección con la obra del maestro Gregorio Fernández, con un estilo que, partiendo del manierismo, fue madurando hasta lograr una síntesis entre realismo naturalista y patetismo expresivo, como podemos admirar en sus Cristos yacentes, como el del Pardo, en el que realismo inspira la conmiseración con el sufrimiento de Jesús, o el *Ecce Homo* del Museo Diocesano de Valladolid, en el que la expresión corporal, llena de serenidad y aceptación, la inigualable perfección anatómica y la cadencia del cuerpo lograron hacer de ella una de las mejores esculturas españolas de todo el siglo XVII. No podemos tampoco olvidar el *Crucificado de los Valderas*, de la iglesia de san Marcelo de León o la perfecta conjunción del sacrificio de Cristo y el dolor de María, el misterio de la Quinta Angustia, de *Nuestra Señora de la Piedad*. Pero no fue sólo Fernández quien enriqueció el patrimonio artístico castellano; en Madrid el escultor de origen portugués Manuel Pereira, evitando el naturalismo excesivo, logró alcanzar una honda expresión de delicadeza y espiritualidad. Aunque, sin duda, será en los reinos de Andalucía, Sevilla y Granada, donde se alcancen cotas inigualables de conjunción entre fe, devoción, belleza y calidad artística. ¿Cómo no pensar en Juan Martínez Montañés? El gran maestro sevillano, que alcanzó fama extraordinaria por el retablo de San Isidoro del Campo, nos ha legado un conjunto magnífico de obras, entre las que destacan las imágenes de la Purísima y Cristo crucificado, que le granjearon gran popularidad. De su discípulo Juan de Mesa, especializado en la escultura procesional, tenemos esa escultura única, el *Jesús del Gran Poder*, que sigue llenando de pasión las calles sevillanas, además de diversas representaciones de Cristo en la Cruz, como el *Cristo de la Misericordia* o el *Cristo del Amor*, de la iglesia del Salvador. En Sevilla también trabajaron José de Arce y Pedro Roldán, cuya hija, Luisa Roldán, *La Roldana*, es una de las artistas más importantes de nuestra historia, con sus deliciosas esculturas en barro policromado. Y no pueden faltar, en nuestro recorrido por la geografía escultórica barroca andaluza, las paradas en Granada, con ese autor polifacético que fue Alonso Cano, o en Málaga, con Pedro de Mena, cuyo *Cristo de la Buena Muerte y de Ánimas*, a pesar de haber sido destruido en la quema de conventos de mayo de 1931, sigue vivo en la devoción popular a través de la recreación neobarroca de Francisco Palma Burgos, de 1941. De Mena podemos contemplar, y es pertinente en este recinto que nos alberga, su *San Francisco de Asís* de la Catedral de Toledo. Por último, y ya en el siglo XVIII, tenemos la portentosa figura de Francisco Salzillo, autor de todo un conjunto de

esculturas en las que se hace patente su ascendencia italiana, y que ha hecho que la Semana Santa murciana sea una verdadera explosión de barroquismo.

Pero esta breve evocación no quiere quedarse en el pasado, pues en la actualidad contamos con un magnífico resurgir del arte de la imaginería en España, con grandes escultores, que están enriqueciendo de nuevo el patrimonio artístico religioso español. Una renovación que, afortunadamente, también ha llegado a Toledo, terriblemente castigada en 1936 con la destrucción de gran parte de las imágenes que procesionaban por nuestras calles, de manera que la recuperación de la celebración popular de la Semana Santa, tras la guerra civil, se hizo recreando unos cortejos de profunda austeridad castellana, pero que quizá, y harían falta más estudios para saberlo en profundidad, no se corresponden con la tradición auténtica toledana, que, personalmente, pienso que era más similar a la andaluza o murciana que a la de Zamora o Valladolid. Creo que es motivo de congratulación que en Toledo se esté apostando por la adquisición de nuevas obras, que junto con su fin primario de ayudar a vivir con más hondura y autenticidad la fe y aumentar el amor a Cristo y a su Madre, acrecienten el panorama artístico toledano, pues podemos siempre correr el riesgo de convertir nuestra ciudad en un museo arqueológico, que viva sólo de las glorias del pasado, quedándose anquilosada. Las esculturas de Darío Fernández, en esta iglesia, la Virgen de los Dolores de Santiago del Arrabal, obra de Juan Carlos Arango, quien también está enriqueciendo con sus magníficas terracotas diversas colecciones particulares toledanas; las diversas de Antonio José Martínez Rodríguez – el *Santo Tomás de Villanueva* del Seminario Menor, la *Imposición de la casulla a San Ildefonso*, del retablo del Seminario Mayor, y ya, en el ámbito de la Semana Santa, el *Cristo Cautivo* y *Cristo Rey en su entrada triunfante en Jerusalén*- o la reciente imagen del padre Pío del escultor alicantino Ramón Cuenca para la iglesia del Salvador, son una muestra de este enriquecimiento que ojalá continúe. Personalmente espero y deseo que, algún día, contemos con una nueva talla del Resucitado que sirva para poner un broche de oro a las celebraciones populares de nuestra Semana Santa toledana. Y sin duda, sería pertinente que una ciudad eucarística como Toledo, la ciudad del Corpus Christi, tuviera una representación de la Última Cena, que nos recordara el misterio de la institución de la Eucaristía en la noche del Jueves Santo.

Pero ustedes seguro que no han venido esta tarde a recibir una clase de Historia del Arte, sino a escuchar un pregón de Semana Santa, en el marco del triduo al Santísimo Cristo de la Humildad. Y ¿qué es un pregón? Su definición es la de “discurso elogioso en que se anuncia al público la celebración de una festividad y se le incita a participar en ella”. ¿De qué festividad se trata? ¿A qué estamos invitados a participar? Pues no, a pesar de lo que muchos piensan de la Semana Santa, al dolor, no al sufrimiento, no a la muerte, sino a la vida. Porque si bien vamos a recordar, a rememorar, a meditar todas esas dimensiones, el dolor, el sufrimiento, la muerte de Cristo, estas no tienen la última palabra. La última y definitiva palabra la tiene la Vida, el anuncio gozoso en la noche de Pascua de que Cristo ha resucitado, el verdadero pregón que llena de alegría y esperanza al mundo entero. Porque eso es lo que vamos a vivir, a celebrar, la victoria de Cristo

glorioso, vencedor del pecado y de la muerte, una victoria lograda a través de su muerte en cruz pero que culmina con su romper la losa del sepulcro, destruyendo así todas las losas que sepultan a los hombres y abriéndonos de par en par las puertas del cielo. Este misterio de la muerte y resurrección de Cristo, este anuncio alegre y esperanzado, es lo que los primeros cristianos llamaron kerigma, que en griego es anuncio, proclamación, mensaje, una noticia que el heraldo daba en voz alta. Este es el término y el comienzo al que nos dirigimos a lo largo de este peregrinar cuaresmal, evocación de los cuarenta años en los que el pueblo de Israel, liberado de la esclavitud de Egipto, recorrió por el desierto hasta alcanzar la Tierra Prometida. Nosotros, liberados de la esclavitud del pecado tras haber atravesado el Mar Rojo que fue nuestro bautismo, también nos encaminamos a la verdadera Tierra Prometida, el cielo, la vida eterna, que proclamamos y confesamos en el Credo. Y para renovar lo que somos, un pueblo de bautizados, en la Cuaresma nos preparamos a vivir la Pascua, imitando a Jesús, que se retiró al desierto; apoyados en la oración, el ayuno y en la limosna purificamos el corazón, para así, participando en la celebración de la pasión, muerte, sepultura y resurrección de Cristo, podamos morir al pecado y renacer a una vida nueva, anticipo y anuncio de nuestra vida definitiva en el Cielo.

Pero para poder realizar bien este recorrido, para sentirnos de verdad interpelados y conmovidos interiormente, estos días de triduo queremos volver la mirada a esta preciosa imagen. Y así nos vuelve a surgir la pregunta, que de la mano de Lope de Vega, nos hacíamos al principio. Y la respuesta la encontramos en esta talla. Una respuesta que no es otra que el Amor. Un amor con locura, que es el que Dios nos tiene a cada uno de nosotros, y por eso envió a su hijo amado a que ocupara el lugar que merecían nuestros pecados. Un amor con locura, una locura de amor, que es la que siente Cristo también hacia nosotros. Es la experiencia que cambió la vida de san Pablo “Me amó y se entregó por mí” (Gal 2, 20) y que ha de ser la de cada uno de nosotros. Porque la Humildad que contemplamos en esta imagen, la de un Jesús que, meditabundo, repone fuerzas sobre la roca, antes de que llegue el momento supremo de su entrega, es la expresión de ese amor. Nos lo recuerda un antiquísimo himno de la comunidad cristiana, que san Pablo recoge en su carta a los filipenses:

“Cristo, a pesar de su condición divina.

no hizo alarde de su categoría de Dios;

al contrario, se despojó de su rango

y tomó la condición de esclavo,

pasando por uno de tantos.

Y así, actuando como un hombre cualquiera,

se rebajó hasta someterse incluso a la muerte,

y una muerte de cruz” (Flp 2, 6-8)

En él se nos recuerda que, frente a Adán, que pretendió alcanzar con sus propias fuerzas el carácter divino, el “ser como dioses” al que incitó la serpiente, Cristo, siendo Dios, recorrió el camino inverso, no consideró como presa codiciable (esta sería la traducción literal del texto original griego, en lugar de “no hizo alarde de su categoría”) el ser igual a Dios; un camino realizado desde la libertad, “en plenitud de vida y de sendero dio el paso hacia la muerte porque él quiso”, como cantamos en uno de los himnos litúrgicos de Semana Santa. Mientras Adán, en su intento de autodivinizarse, encontró el fracaso y la muerte, Cristo, con absoluta libertad, se abajó y alcanzó, con su humillación extrema, la glorificación. Nosotros siguiendo sus huellas, lograremos llegar al mismo destino.

Por eso, el contemplar la locura de amor de Jesús por nosotros, a través de la Humildad que emana de esta imagen, estamos invitando, si nuestra devoción es verdadera, a experimentar, como justa reciprocidad, siempre y limitada, un amor de locura por este Jesús que se ha abajado para que yo sea elevado, que se ha humillado para que yo sea ensalzado, que ha muerto para que yo tenga vida. Es la locura de amor que han sentido los santos, es la locura de amor que vivió y experimentó aquel loco de Dios que fue Francisco de Asís, del cual celebramos este año el octavo centenario de su muerte. Esta iglesia de san Juan de los Reyes, destinada por la reina Isabel la Católica a albergar una comunidad franciscana, es un lugar privilegiado para volver nuestros ojos a quien quizá ha sido el mejor imitador de Cristo. Si santa Teresa de Jesús decía que humildad era andar en verdad, pocos como Francisco, el *Poverello* de Asís, lo comprendieron. Una verdad que arranca de conocer lo que somos, de aceptar nuestra pobreza y limitación, pero también saber, con certeza, que somos amados por Dios. Entonces, aún sabiendo, como se nos recuerda el Miércoles de Ceniza, que somos polvo y al polvo hemos de volver, nos convertimos, parafraseando a Quevedo, en “polvo enamorado”, porque ante el amor de locura de Dios por mí, no puedo menos que devolverle amor. Porque, “habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo” (Jn 13,1) y todos nosotros somos los suyos. Esto lo comprendió y, sobre todo, lo vivió, Francisco. “El loco de Dios”, el joven de vida agitada, sensible ante la belleza que le rodeaba, que, quiso, tras enamorarse de Jesucristo, desposarse con la Dama Pobreza, era para Chesterton, el gran escritor inglés converso al catolicismo, la encarnación misma de la humildad, una humildad que, tras una etapa de profunda purificación interior, le permitió sentir la bondad esencial del Universo. Francisco, de este modo, pudo ver, sin velos que se lo ocultaran, la belleza de la Creación como reflejo de la Belleza del Creador, pudo descubrir que cada ser vivo, e incluso los elementos materiales que conforman el mundo natural, es un reflejo de la Bondad, de la Hermosura divina. Y por eso prorrumpió en ese himno de alabanza, en el que canta a todas las criaturas, desde el hermano sol y la hermana luna hasta la hermana muerte, que nos alcanza a todos. Francisco, pobre entre los hombres, sencillez y humilde, no hizo sino reproducir en su vida la Humildad de Cristo, que quiso compartir con él las llagas de su Pasión, para mostrar cómo Francisco había entendido y vivido, como nadie, el Evangelio. Se sintió amado por Dios y deseó que ese amor fuera conocido y experimentado por toda la humanidad. Quiso decir a cada hombre, como señala Éloi Leclerc en su bellissimo libro sobre san Francisco, *Sabiduría de un pobre*, “Tú también eres amado por Dios en el

Señor Jesús”, pero “no sólo decirlo, sino pensarlo realmente. Y no solo pensarlo, sino comportarse con ese hombre de tal manera que sienta y descubra que hay algo salvado en él, algo más grande y más noble de lo que él pensaba, y que despierte así a una nueva conciencia de sí mismo”.

Celebrar la próxima Pasión de Cristo, su Misterio Pascual nos ayudará, si somos capaces de recorrer este camino hacia Jerusalén que es la Cuaresma, a descubrir ese amor inmenso de Dios hacia cada uno de nosotros. Mirar al Cristo de la Humildad será la guía más segura. Pero este Cristo no está sólo. Le acompaña, desde el año pasado, la imagen de su madre bendita, María Santísima de la Esperanza en su Soledad. Otra magnífica obra de Darío Fernández, que con su semblante sereno y melancólico, lleno de profunda humanidad, nos muestra el doble sentimiento de soledad y esperanza de María. Toledo puede presumir de tres hermosas advocaciones marianas que llevan el título de la Esperanza: Nuestra Señora de la Esperanza de San Lucas, patrona de los mozárabes, Nuestra Señora de la Esperanza de San Cipriano, tan entrañablemente querida en nuestra ciudad; y esta nueva advocación. Un título que nos recuerda que a pesar de la oscuridad que muchas veces se cierne en nuestras vidas, la última palabra no la tiene el mal, ni el dolor, ni la muerte, sino que al final, la palabra definitiva la tiene Cristo Resucitado, que como hermosamente comentaba Victorino de Pettau, “León para vencer, se hizo Cordero para sufrir”, descendiendo a los infiernos “en busca de la oveja perdida. Y con ella subió al cielo, y la hizo entrar en la casa del Padre”. Esta fue la esperanza de María, esta fue su confianza, por eso, a pesar del dolor desgarrador de contemplar, mientras permanecía firme a su lado, a Jesús crucificado, mantuvo la esperanza contra toda esperanza. Y por ello, en la mañana de Pascua, su corazón pudo saltar de gozo y alegría contemplando a su Hijo Triunfante y Victorioso, Vivo y Glorioso.

Pues de la mano de María, “la de las tocas moradas”, como la llamó Gerardo Diego al comienzo de su bellissimo Vía Crucis, acompañándola “a la vera del camino”, caminemos hacia la Pascua, siguiendo la senda de este Cristo de la Humildad, para que, participando en la celebración de su pasión y muerte, vivamos con Él, el gozo de la Resurrección.

Miguel Ángel Dionisio Vivas